



Lienzo que se halla en el Instituto de Valencia

De don Juan.

HELMUT HATZFELD

RESONANCIA UNIVERSAL DE  
LOPE

---

LA VALORACION de Lope, hoy, ya no considera en primer término esas calidades técnicas y teatrales, que Goethe y Grillparzer admiraban en él. Desde luego, aún nos causa maravilla que en los sesenta y tres años de su larga existencia escribiera (si hemos de creer a Fitzmaurice Kelly) veintiún millones trescientos mil versos, y por lo menos seiscientas obras dramáticas, de las que se conservan cuatrocientas treinta. Pero lo que más admiramos en Lope, hoy, es su lírica amorosa, y su extraordinaria capacidad artística para transfundir aun las acciones más pecaminosas (como el adulterio y el sacrilegio) en versos sublimes y de inmaculada pureza. Pero hay más (y esto no nos extraña en el ambiente religioso en que vivía Lope): sus versos expresan con maravillosa eficacia el remordimiento, la conversión, el deseo de lograr la paz de Dios. Por otra parte, también nos llama la atención cómo el drama de Lope llegó a encarnar el sentido nacional español y cómo logró renovar poéticamente la tradición hispana, cual se había transmitido en las crónicas, en los romances, en las canciones y en las costumbres del pueblo.

Añádase a esto que el mismo Lope vivió su vida como si fuera una novela de aventuras, encarnando el papel del mítico Don Juan, enamorado y mujeriego. Para dar una idea de cómo, en Lope, se entretajan la vida y la obra, citaré una de entre sus múltiples relaciones amorosas: la que tuvo con Elena Osorio, actriz y mujer de un actor. Estando su marido en América, Lope conquista a Elena y empieza con ella una larga relación adúltera. Pero la madre de Elena le echa en cara a su hija la pobreza de su amante. Elena entonces deja a Lope y acepta los favores de un pretendiente más adinerado, el indiano Perrenot de Granvela. Lope se enciende en celos, escribe una serie de libelos que le ponen en conflicto con la justicia, y acusa a Elena de prostituta y a su madre de alcahueta. Esto no le impide,

sin embargo, seguir un rumbo aún más censurable, o sea, el de introducirse entre los dos amantes y prostituir a Elena haciéndola doblemente adúltera.

Pero de su relación con Elena Osorio, la poesía de Lope sólo refleja el amor inextinguible. La canta como bella mora en versos del tipo de los romances moriscos, como pastora, en sus poesías pastoriles. Y es justamente a la poesía pastoril a la que echa mano para expresar el dolor de no poder gozar lo suficiente de la compañía de su amada. Así a Francisco Perrenot, el nuevo amante, le transforma en "mayoral", a Elena en buey manso, arrebatado injustamente de su pastor, Lope, y el soneto toma la forma de una súplica que el pastor dirige al mayoral para que le devuelva el "manso" usurpado.

*Suelta mi manso, mayoral extraño,  
Pues otro tienes de tu igual decoro;  
Deja la prenda que en mi alma adoro,  
Perdida por tu bien y por mi daño.*

*Ponle su esquila de labrado estaño  
Y no lo engañen tus collares de oro;  
Toma en albricias este blanco toro  
Que a las primeras hierbas cumple un año.*

*Si pides señas, tiene el vellocino  
Pardo, encrespado y los ojuelos tiene  
Como durmiendo en regalado sueño.*

*Si piensas que no soy su dueño, Alcino,  
Suelta y verásle, si a mi choza viene,  
Que aún tienen sal las manos de su dueño.*

Para quien desconozca la situación real de Lope, ésta es casta poesía amorosa, vibrante de melancolía, sin el mínimo reflejo de la pasión adúltera que movía a su autor. Sólo los grandes poetas logran convertir la pasión en dolor sosegado. Los grandes poetas, como observó Amado Alonso, hablando de esta poesía, tratan la experiencia propia como una fuente literaria, que logran transformar estéticamente.

España ha perdonado a Lope todos sus excesos y escándalos, seguramente porque comprendía que ningún poeta se identificaba mejor con los ideales hispanos. El erudito Carlos Vossler vio en el conformismo total de Lope y en su falta de tensión un ideal que la crítica le ha echado en cara como un error porque, al contrario de

Cervantes, Lope no se percató de la decadencia de España. Por eso se identificó con los ideales tradicionales hasta tal punto que sus dramas reflejan más bien el genio de España que la persona de su autor. De ahí, por ejemplo, la defensa de la dignidad de la mujer y —como circunstancia concomitante— la exaltación de la honra del caballero. Esta concepción de la honra es al mismo tiempo cristiana y pagana y se expresa casuísticamente en la actitud de los caracteres como sacrificantes y sacrificados, que subordinan sus aficiones e intereses particulares a una moral superior. Esta moral superior, sin embargo, es un destino, una necesidad, una tragedia impresionante, en la que se entretajan el *pundonor* de los godos, el hado de los musulmanes, la tradición estoica tan arraigada en España y la ascética cristiana.

Con la defensa de la dignidad femenina y de la honra se entreteje a menudo la de la dignidad del pueblo y de una justicia superior. Con más espacio, recorreríamos los más característicos dramas de Lope para ilustrar el ideal que personifican, un ideal extremo, sin miramientos, fanático, estoico, imperturbable y, sin embargo, sentido por Lope sinceramente como cristiano y expresado en el nombre de la religión. Es un ideal que ha influido profundamente en la Europa de la Contrarreforma, con su religiosidad peculiar, su sentido de grandeza militar, sus ademanes cortesanos y su código del honor.